

JON SAVAGE



TEENAGE

La invención de la juventud 1875-1945

DOSIER DE PRENSA

TEENAGE

Dossier de prensa

La invención de la juventud

¿En qué momento nace la juventud como una etapa intermedia entre la infancia y la adultez? **"Teenage"** analiza el origen oculto de las culturas juveniles, en un viaje frenético por la historia de un colectivo que rompió con los cánones establecidos.

09-10-2018 - La editorial Desperta Ferro Ediciones publica **"Teenage, la invención de la juventud 1875-1945"** de **Jon Savage**, uno de los principales críticos culturales de Reino Unido, cuya obra, "England's Dreaming", se ha convertido en la biblia del punk inglés. Savage desarrolla una genealogía de la juventud desde finales del siglo XIX hasta el final de la II Guerra Mundial con la explosión cultural y la renovación de las costumbres de la época. La obra ha sido **traducida por Enrique Maldonado Roldán** e incluye **prólogo de Servando Rocha**.

El autor explora la prehistoria oculta del fenómeno que transformó la sociedad contemporánea, la emergencia de la juventud como una etapa diferenciada entre la niñez y el mundo adulto. Estamos ante un trabajo titánico de investigación que arranca en 1875 y termina en 1945, en el momento en que el término "teenage" -o sus traducciones- se convierte en parte integral de la cultura popular.

"Teenage. La invención de la juventud 1875-1945" escruta durante siete décadas el devenir de la juventud y sus muchas y divergentes direcciones, y por sus páginas deambulan bandas de gamberros juveniles, "boy scouts" y románticos que buscaban la vuelta a la naturaleza, carne de cañón en la Gran Guerra, las "flappers" de los locos años veinte y su pasión por el "jazz", los rebeldes del "swing" alemanes o la visión militarista de las Juventudes Hitlerianas. Savage hace un retrato que cruza generaciones y clases sociales, analizando sus contextos y sus experiencias, sus expectativas y sus sueños, sus éxitos y sus fracasos. Savage no pierde de vista las presiones del mundo adulto para moldear y orientar el estilo de vida de los jóvenes, sea hacia un consumismo rampante sea como soldados para nuevas guerras.

Las páginas de **"Teenage"** están llenas de música, de "jazz" y "ragtime" y "swing", y sus historias se suceden rápidas y llenas de pasión, cómicas o dolorosas como un fresco caleidoscópico de cultura popular e historia social. Una exuberante crónica del nacimiento de la juventud.

"Teenage" estará en las calles el martes 30 de octubre.

Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación
Tel. 637 659 915 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas ("Desperta Ferro Antigua y Medieval", "Desperta Ferro Historia Moderna", "Desperta Ferro Contemporánea" y "Arqueología e Historia") y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con dieciséis profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.



TEENAGE

La invención de la juventud 1875-1945

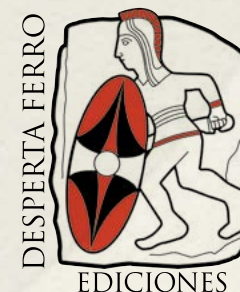


JON SAVAGE
Prólogo de Servando Rocha

Datos técnicos

Teenage. La invención de la juventud 1875-1945

978-84-948265-6-6
IBIC: HB-1D -3JJF-JF-JFSP2-HBWN
-HBWQ -1DBK -1DFG -1KBB -3JJH
696 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 29,95€
30 de octubre de 2018



TEENAGE



El autor - Jon Savage

Jon Savage ha sido presentador de televisión, crítico musical, periodista y locutor, aunque su ambición siempre fue ser escritor. El estallido del "punk" en Inglaterra y la energía y creatividad que este desata le sirven como trampolín: en 1976 debutará con el fanzine "London's Outrage", y en el icónico año de 1977 comenzó a escribir para "Sounds", por entonces la revista musical británica más leída después del "New Musical Express" y "Melody Maker". A partir de entonces colaborará regularmente en las mejores revistas musicales y de cultura popular de Inglaterra, trasladándose en 1979 a "Melody Maker" y un año después a la recién fundada "The Face". El primer libro de Jon Savage, "The Kinks: The oficial Biography", fue publicado en 1984, y a este le siguió su obra más conocida y galardonada, "England's Dreaming" (1991), que narra la historia de los Sex Pistols y de la música "punk-rock" británica y que se ha convertido en la gran biblia del "punk" inglés. Los trabajos televisivos de Jon Savage incluyen el documental "Arena" (1975), premiado en los BAFTA, o "Joy Division" (2007) sobre la banda homónima. También ha lanzado varias recopilaciones de CDs basadas en sus listas de canciones, incluyendo "England's Dreaming" (2004) y "Meridian 1970" (2005).

Entrevista al autor (en inglés)

Se ha dicho sobre el libro

"La historia definitiva de la rebelión juvenil, desde el siglo XIX al nacimiento del rock".

David Fricke
"Rolling Stone"

"Libro sobre las subculturas pubescentes previas al estallido del "rock and roll" y de la adolescencia como clase social, que disecciona desde los primeros diarios de niños airados y los primeros criminales infantiles documentados hasta las organizaciones totalitaristas de ocio juvenil y los primeros gangs urbanos".

Miqui Otero
El País

"Savage decidió llevar su tarea de analista de lo joven al pasado, investigando episodios históricos. Tiró del hilo (rastreando manifestaciones genuinamente jóvenes, muchas de ellas semisecretas hasta ahora) en busca de los orígenes y la esencia de ese concepto que hoy damos por sentado, pero que no siempre existió: la adolescencia. ¿Quién la inventó? ¿Siempre fue sinónimo de rebeldía y odio a lo adulto? ¿Ha existido siempre la edad del pavo? El resultado fue el monumental ensayo Teenage".

Leticia Blanco
"El Mundo"

[Ver reseña completa](#)

"Savage está menos interesado en la vida diaria de los adolescentes que en los extremos de creatividad y destrucción que se dan en la «un concepto abstracto, separado de la biología»".

Andrew Anthony
"The Guardian"

[Ver reseña completa](#)

"Lectura compulsiva [...] Un libro rico y estimulante, y una importante contribución a la historia cultural".

Camille Paglia
"The New York Times Book Review"

[Ver reseña completa](#)

"Lo que viene a desvelarnos en esta obra brillante e insuperable (nadie, durante décadas, osará atreverse a emularlo), es lo que sucedió antes de la historiografía oficial del joven como sujeto, mucho antes de que la «juventud» se convirtiese en un fenómeno, antes de Nik Cohn, antes de prácticamente todo".

Del prólogo de Servando Rocha

TEENAGE

Índice

AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO DE **SERVANDO ROCHA**
INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE 1875-1904

CAPÍTULO 1 **El cielo y el infierno**

Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy

CAPÍTULO 2 **Nacionalistas y decadentes**

La contrarrevolución europea

CAPÍTULO 3 **Hooligans y apaches**

Delincuencia juvenil y medios de comunicación de masas

CAPÍTULO 4 **«Una repentina visión del paraíso»**

L. Frank Baum y el país de los sueños de Oz

CAPÍTULO 5 **El siglo de Estados Unidos**

G. Stanley Hall y Adolescence

SEGUNDA PARTE 1904-1913

CAPÍTULO 6 **Peter Pan y los Boy Scouts**

La juventud imperial británica

CAPÍTULO 7 **Novatos de instituto y mano de obra juvenil**

Adolescencia e industria en Estados Unidos

CAPÍTULO 8 **Wandervogel y neopaganos**

Movimientos de vuelta a la naturaleza en Europa

CAPÍTULO 9 **Nickelodeons y danzas animales**

La economía estadounidense de los sueños

TERCERA PARTE 1913-1919

CAPÍTULO 10 **Invocación**

La brecha generacional en Europa

CAPÍTULO 11 **Sacrificio**

Los caídos y los jóvenes contra los viejos

CAPÍTULO 12 **Los que tenían doce años**

Delincuencia juvenil y la Gran Guerra

CAPÍTULO 13 **Bandas de jazz y doughboys**

La juventud estadounidense llega a Europa

CUARTA PARTE 1919-1929

CAPÍTULO 14 **Conmociones de posguerra**

Los Fascisti, los Bunde alemanes y la Woodcraft Folk

CAPÍTULO 15 **Caídas y reinas de Saba**

El mercado juvenil en Estados Unidos

CAPÍTULO 16 **El complejo de Cenicienta**

Problemas de la cultura de masas estadounidense

CAPÍTULO 17 **El afán de placer**

La Bright Young People

QUINTA PARTE 1930-1939

CAPÍTULO 18 **Soldados de una idea**

Las Juventudes Hitlerianas

CAPÍTULO 19 **Los niños vagabundos y el New Deal**

Los adolescentes estadounidenses en la Gran Depresión

CAPÍTULO 20 **Biff boys y la amenaza roja**

La polarización de la juventud británica

CAPÍTULO 21 **Jitterbugs y cuadrados**

El swing y el consumismo juvenil en Estados Unidos

SEXTA PARTE 1939-1943

CAPÍTULO 22 **Conquistadores y líderes supremos**

Las Juventudes Hitlerianas en la guerra y en Alemania

CAPÍTULO 23 **Reclutas reacios y héroes socialistas**

La juventud británica en la guerra

CAPÍTULO 24 **Sub-debs y reclutas**

Los adolescentes estadounidenses en clase y en los barracones

CAPÍTULO 25 **La Swingjugend y los zazús**

El swing en la Europa nazi

CAPÍTULO 26 **Zoot-suiters y Victory Girls**

Disturbios en Estados Unidos

SÉPTIMA PARTE 1943-1945

CAPÍTULO 27 **Pacíficos invasores**

Los soldados estadounidenses y la juventud británica

CAPÍTULO 28 **Helmuth Hübener, La Rosa Blanca y Ana Frank**

Resistencia en la Europa nazi

CAPÍTULO 29 **Teenage**

El lanzamiento de Seventeen

CAPÍTULO 30 **Año cero**

El triunfo del teenager

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

ÍNDICE ANALÍTICO

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

TEENAGE

Introducción

Este libro termina con un principio.

En 1944, los estadounidenses empezaron a utilizar la palabra *teenager* para describir al grupo de edad entre los catorce y los dieciocho años. Se trató, desde el primer momento, de un término comercial utilizado por publicistas y empresas que reflejaba la capacidad de consumo recién descubierta en los adolescentes. El hecho de que, por primera vez, los jóvenes se hubieran convertido en un mercado objetivo diferenciado significaba también que configuraban un grupo de población específico con sus propios rituales, derechos y exigencias.

La invención del término coincidió con la victoria estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, un hecho decisivo en la historia mundial que dio lugar al imperio que sigue manteniendo su dominio en el siglo XXI. De hecho, la definición de los jóvenes como consumidores ofreció una oportunidad de oro para una Europa devastada. Durante las décadas siguientes, esta imagen de la adolescencia propia de la posguerra ha dominado la forma en la que Occidente entiende a sus jóvenes y ha sido exportada con éxito a todo el planeta. Como el nuevo orden mundial que anunciaba, anda necesitada de una redefinición.

Pero la cultura juvenil de la posguerra no es tan novedosa como podría parecer. Desde el último cuarto del siglo XIX se produjeron numerosos intentos discrepantes de imaginar y definir la posición social de la juventud, ya fuera mediante esfuerzos coordinados para organizar a los adolescentes a través de medidas políticas de carácter nacional o con aproximaciones artísticas y proféticas que reflejaban la voluntad de los jóvenes de vivir según sus propias normas. Esta historia empieza en 1875 con los textos autobiográficos de Marie Bashkirtseff y Jesse Pomeroy y concluye en 1945; durante ese intervalo, todas y cada una de las cuestiones asociadas en la actualidad con la juventud moderna tuvieron un precedente brillante y volátil.

Esta es, por tanto, la prehistoria de la adolescencia.

...

En enero de 1980 participé en el proyecto de una posible serie de televisión sobre la historia de las subculturas juveniles. Trabajaba yo en aquel momento en Manchester, era documentalista para Granada Television, un canal muy conocido por su programación innovadora y con sensibilidad social. Con el apoyo de quien entonces era mi productor, Geoff Moore, elaboramos una propuesta que pretendía contar la historia de todas las «sectas de posguerra»: «*Teddy boys*, *beats*, *mods*, *rockers*, *hippies*, *skinheads*, *glitterboys* y *punkis*», así como «*rude boys* y *rastas*».

El estímulo para la idea de Granada Television provino de *Subcultura: el significado del estilo*, de Dick Hebdige, un libro que, publicado en 1979, había logrado por méritos propios salvar la distancia entre el entorno académico y un público más amplio. *Subcultura* era fruto de la pionera perspectiva interdisciplinar del Centre for Contemporary Cultural Studies (Centro de Estudios Culturales Contemporáneos) de la Universidad de Birmingham. Fusionando la sociología con la interpretación literaria y la escuela francesa, el texto de Hebdige ofrecía una historia sinóptica de las numerosas culturas juveniles británicas de la posguerra sin ignorar factores de clase y étnicos.

El enfoque cargado de referencias de Hebdige encajaba con mis propias observaciones de la escena punk de Londres, donde en 1976 los pioneros de este movimiento, que por entonces apenas si tenía nombre, juntaron casi todos los

estilos de las diferentes culturas juveniles, los ensamblaron con imperdibles y salieron orgullosos a pasear el resultado. Una chaqueta mod de los sesenta podía llevarse con unos pantalones *zoot-suit* y con los *trepaburdeles* de los *teddy boys*: zapatos gigantes de suela gruesa no muy distintos a los que llevaban los zazús de París durante los años cuarenta. El resultado era al mismo tiempo llamativo, alucinante y amenazador.

Este *collage* andante, como se supo posteriormente, lo habían inspirado las prendas que vendió en sus diversas encarnaciones comerciales el número 430 de King's Road, la tienda gestionada por Malcolm McLaren y Vivienne Westwood. Entre 1971 y 1976 el nombre del comercio cambió varias veces, desde «Let It Rock» (*teddy boy*), pasando por «Too Fast To Live, Too Young To Die (accesorios *rock* y *zoot*)», hasta «Sex» (fetichismo sexual) y «Seditionaries» (ropa punk de diseño «para héroes»). Cada fase vino marcada por un nivel excepcional de investigación y atención al detalle.

Pero el *collage* histórico del punk marcó también el punto en el que el avance lineal de los años sesenta se vio reemplazado por un bucle. De pronto, la cultura pop de todo momento era accesible en un mismo nivel, estaba disponible de forma inmediata. Si volvemos la vista atrás, este proceso había comenzado en 1966 (en plena cumbre de la modernidad pop) y había necesitado diez años para convertirse en parte funcional, viva, de la cultura juvenil. Llevado incluso más allá a principios de los años ochenta por el más novedoso estilo juvenil del momento, los nuevos románticos, este saqueo del pasado reafirmaba el hecho de que existía una larga historia de la juventud, mal documentada, que se retrotraía hasta la Segunda Guerra Mundial e incluso más atrás.

Durante los siguientes dieciocho meses, el material sobre cultura juvenil que habíamos preparado mi productor y yo para Granada Television se convirtió en un programa piloto para una posible serie documental. Con una hora de duración, el primer capítulo, «Teenage», abarcaba la cultura juvenil británica entre 1945 y 1957: la transición entre la austeridad de la posguerra, la primera aparición de los eduardianos, más tarde llamados *teddy boys*, y el impacto del *rock 'n' roll* durante 1956 y 1957. Por diversos motivos, no obstante, el piloto quedó sin terminar y la serie de televisión fue cancelada.¹

Sin embargo, mi interés por el tema continuó vivo. Durante una década, aproximadamente, seguí recopilando todo material relativo al asunto de la cultura juvenil (en especial aquel marcado con la palabra mágica *teenager*). Cuanto más leía, más me convencía de que existía toda una historia previa a la Segunda Guerra Mundial. Al saber de los grupos de Wandervogel o del mercado universitario estadounidense de la década de 1920 fui consciente de que había un análisis histórico por hacer que no concordaba con la idea ampliamente aceptada de que la era de la juventud había empezado a mediados de los años cincuenta.

Mis impresiones cristalizaron en mayor medida cuando, en los primeros años noventa, encontré una copia de *Adolescence*, de G. Stanley Hall. El prefacio de Hall contenía un manifiesto profético de una cultura juvenil de posguerra que tardaría aún medio siglo en llegar. Su perspectiva de la adolescencia como fase diferenciada de la vida que estaba sujeta a enormes dificultades y tensiones (y, por tanto, con necesidad de ser tratada con especial cuidado y atención) se anclaba, por primera vez, en una definición de edad muy específica. En los dos volúmenes de este descomunal libro, al parecer, residía uno de los puntos de partida de la narrativa.

TEENAGE

Capítulo 3

Hooligans y apaches

Delincuencia juvenil y medios de comunicación de masas

En la metrópolis de finales del siglo XIX, muchos niños y adolescentes tenían que apañárselas por su cuenta. Ante la ausencia de estructuras impuestas por adultos, se organizaban por sí mismos en bandas difíciles de controlar. Jacob Riis lo descubrió cuando, en los inicios de la última década del siglo, se topó con un grupo de jóvenes matones en el sur de Manhattan. Aunque estaba acostumbrado a tratar con niños sin hogar, descubrió que tenía que acercarse a esta pandilla de «granujas» más mayores con precaución. Solo apelando a su vanidad (les pidió que posaran fumando) evitó recibir una paliza.

La banda «aceptó la oferta enseguida, incorporando al grupo un cordero de aspecto dudoso que tenían por allí (el matadero estaba cerca) como si fuera uno más de la banda. El más cordial de aquellos rufianes, que insistía en que le sacara llenándose la jarra, aprovechó la ocasión para echarse al colete lo que quedaba y eso dio pie a unos momentos algo violentos, pero, por lo demás, la pose fue un éxito. Mientras preparaba la cámara, hice una vaga insinuación de fotografiarlos fumando, y la idea cuajó inmediatamente. Nada iba a ser más inevitable a continuación que captar el espíritu más audaz del grupo “en su salsa”».

Representaron sus delitos cotidianos: «Uno de ellos se tumbó en un cobertizo, como si se hubiera dormido, mientras otros dos se inclinaban sobre él, rebuscándole en los bolsillos con una habilidad muy sugerente. Esto, me explicaron, era para mostrar cómo “se lo montaban”. Los demás miembros de la banda estaban tan impresionados con la importancia de aquella exhibición que insistían en apretujarse en la foto subiéndose al cobertizo, sentándose en el tejado con los pies colgando y colocándose en todas las posturas imaginables a la vista».

La imagen resultante, titulada «A Growler Gang in Session», por el recipiente (*growler*) donde los chicos transportaban y bebían cerveza, estableció un nuevo estándar en la iconografía de la delincuencia. En una zona urbana con baja densidad de población, llena de cobertizos y almacenes, siete miembros de los Montgomery Guards anuncian que al grupo le importan los detalles y su aspecto. Con el ceño fruncido ante el pálido sol, todos llevan sombrero, ropa oscura y muestran una expresión desafiante. Su insolencia queda plasmada en la mueca de desprecio del joven que ocupa el centro de la imagen y la determinación del bebedor de escasa edad que vuelca la jarra para apurar hasta la última gota. Ante una escena como esta, habríamos echado a correr.

Los periódicos de Manhattan llevaban tiempo informando sobre las actividades de las bandas de la isla. En el verano de 1857, *The New York Times* había intercedido públicamente en el encarnizado conflicto entre los Bowery Boys y los Dead Rabbits. Con sus atrevidos nombres (en este caso, los Chicos del Bowery y los Conejos Muertos) y sus espeluznantes hazañas, las pandillas de jóvenes gánsteres suponían una temática perfecta para los periodistas de la ciudad. Los unos querían la publicidad, los otros material pintoresco (tramas reales propias de *dime novels*) que, además, combinaban dos ideales de la prensa: emoción y desaprobación.

En la última década del siglo XIX el problema de la delincuencia juvenil se había tornado más acuciante. Sin embargo, hasta la publicación en 1890 de la fotografía de la «pandilla de la jarra» y otras en *Cómo vive la otra mitad*, de Jacob Riis, no vieron los estadounidenses pruebas documentales ampliamente distribuidas de sus jóvenes urbanos. Riis, periodista de sucesos convertido en activista, descubrió que la cámara con *flash*, inventada poco antes, era el instrumento perfecto para registrar las vidas de los marginados, de los que se hablaba mucho pero apenas eran visibles: en este caso, expuso un mundo juvenil apartado, cuando no autónomo.

Como los teóricos de la degeneración, Riis pretendía demostrar que las condiciones degradadas provocaban vidas degradadas y que los jóvenes eran los más vulnerables: «De 82 200 personas arrestadas por la policía en 1889 —escribió—, 10 505 eran menores de veinte años». Sin embargo, su intención no era confinar a los jóvenes pobres de Manhattan en la oscura periferia, sino arrojar luz sobre el problema. La integración, que no la eugenesia, era la estrategia de Riis: el arrollador éxito de *Cómo vive la otra mitad* le ofreció la oportunidad de influir en la política nacional en lo relativo a la reforma de las condiciones de las viviendas, los espacios públicos y la educación.

Riis no era más que uno de los muchos periodistas que trataron la delincuencia juvenil durante la última década del siglo XIX. Con el incremento tanto de los reportajes centrados en ellos como del énfasis de los textos, los niños de los barrios bajos presentaban un problema cada vez más visible. Si la sociedad tecnológica y urbana de masas iba a funcionar, todo el mundo tenía que actuar en consonancia con los dictados burgueses de ahorro, responsabilidad y disciplina. El caos urbano ya no era aceptable. El movimiento reformista en Estados Unidos hizo de la delincuencia uno de sus principales objetivos en el mismo momento en el que los escándalos en Gran Bretaña y Francia se convertían en tema central de la prensa.

Los periodistas no tuvieron en cuenta el impacto que sus reportajes sensacionalistas tendrían en la población que cosificaban. La juventud era un tema incendiario, incluso más cuando estaba vinculado a la delincuencia y a costumbres extrañas y bárbaras. Aparecer en los papeles contribuía a ganar prestigio. Al llegar a los ojos de los lectores al mismo tiempo que la prensa popular empezaba a mostrar sus posibilidades, el salvaje de los suburbios ofrecía un precedente para el siguiente siglo. Con la exhibición de una alarmante —cuando no hostil— independencia, el *hooligan* y el apache anunciaban la relación simbiótica entre los medios de comunicación de masas y la juventud.



«The Montgomery Guards: A Growler Gang in Session», fotografía de Jacob Riis, ca. 1890.

TEENAGE

Capítulo 8

Wandervogel y neopaganos

Movimientos de vuelta a la naturaleza en Europa

A principios de 1903, una estudiante de diecisiete años llamada Karen Horney plasmaba sus vaivenes emocionales en un diario: «Me parece que soy como el capitán que salta de la seguridad de su barco al mar, que se agarra a un trozo de madera y se deja llevar por las agitadas aguas, ahora aquí y luego allí. No sabe adónde va». Acercándose al centro de la tormenta, Horney trataba de expresar sus sentimientos con un «poema loco» que la sitúa atrapada en una «antigua fortaleza de mampostería que miles de años han construido para mí. Era lúgubre y sofocante: ansiaba la libertad».

Aunque está prácticamente enterrada, excava con sus propias manos para escapar: «Respiré vida. El brillo de la luz casi me ciega, pero pronto me acostumbra a su resplandor. Miré a mi alrededor. La panorámica era demasiado amplia, mi vista podía recorrer distancias sin fin. De forma casi opresiva, lo nuevo y lo hermoso me invadieron. Entonces, un todopoderoso anhelo se apoderó de mí hasta casi hacerme estallar el pecho y me impulsó a deambular para ver, para disfrutar y para conocerlo todo». Esta nueva libertad, no obstante, no conllevó integración, sino una alienación mayor: «Sin hogar estoy. Sin protección ni morada voy vagando».

Cuando un profesor le impidió participar en una clase de anatomía animal, Karen Horney decidió, enfurecida, ser ella misma el objeto de la disección: «Esto probablemente será más difícil, pero también más interesante». Estaba también afectada por una conversación que había tenido con su amiga Alice, que reconoció que a veces «salía» con «caballeros desconocidos». Dejó por escrito el diálogo: «Yo: “Pensaba que estas cosas no pasaban nunca en nuestros círculos”. Alice, riendo: “Montones de veces. Una chica de nuestra clase lo hizo... incluso con su padre”. Me quedé sin habla del espanto».

Horney, con la cabeza llena de literatura romántica y moralidad tradicional, tenía dificultades para afrontar esta realidad. Acusaba al matrimonio de ser una farsa, sentía que «todos nuestros valores y nuestra moralidad no tienen sentido o son inmorales» y decidió: «Nunca es inmoral entregarse al hombre que realmente se ama». Concluía la anotación en su diario proyectándose al futuro: «¿Cambiará en algún momento? ¿Cómo? ¿Y cuándo? El amanecer de un nuevo tiempo está empezando. Estoy esperanzada con toda la fuerza de mi joven ilusión. Quizá incluso la próxima generación no conozca ya estas batallas».

Al haber nacido en una próspera familia de clase media, Horney fue una de las primeras mujeres alemanas en aprovechar las nuevas oportunidades educativas. En su ciudad, Hamburgo, a las mujeres solo se les permitió el acceso al gimnasio, el sistema escolar de élite, después de 1901, mientras que las universidades únicamente aceptaron mujeres en sus facultades de Medicina a partir de 1900. Gran parte de su diario lo ocupa la cuestión de los derechos de las mujeres. Horney era una gran admiradora de la feminista sueca Ellen Key, que defendía la igualdad de la mujer en libros como *El siglo de los niños*.

Horney formaba parte de los muchos jóvenes de clase media del norte de Europa que pretendían forjar una «nueva moralidad» en la primera década del nuevo siglo. «Nuevas batallas requieren ahora nuestros esfuerzos —escribió—. Queremos esta libertad en nuestra vida emocional y en sus expresiones. Libertad, que no permiso, pues nos sentimos obligados con las exigencias de la naturaleza». Este deseo de cambio no quedaba confinado a las mujeres, aunque a estas todavía se las considerase ciudadanos de segunda clase. El feminismo

era solo una parte de la revuelta juvenil contra el mundo decimonónico de sus padres, el cual percibían como una pesadilla materialista, hipócrita y embrutecedora.

En la primera década del siglo xx surgieron nuevos movimientos juveniles en Gran Bretaña y Alemania que reaccionaban contra el militarismo y la industrialización. Sus jóvenes partidarios sentían que el único camino adelante era ir hacia atrás: volver al paganismo del culto a la naturaleza. Sin embargo, al pretender liberarse de las limitaciones de los adultos, quedaron expuestos a los demonios que descansaban bajo la superficie ordenada y en apariencia racional de la vida europea.

Esta reacción juvenil tuvo especial fuerza en la Alemania imperial, donde en los primeros años del siglo los hijos de la burguesía no disfrutaban de las libertades que, en comparación, tenían sus iguales en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. En el seno de un sistema que expresaba y favorecía la rígida ideología nacionalista de las clases altas alemanas, estos jóvenes consideraban que su avance en la vida estaba bloqueado por el techo de cristal de las clases privilegiadas prusianas. Estas tensiones se veían agravadas en toda la escala social por las difíciles relaciones entre padres e hijos.

El ideal prusiano de la paternidad quedaba resumido en la historia del príncipe Federico, en el siglo xviii. En rebelión contra su padre, el rigorista rey Federico Guillermo I, el joven príncipe con inclinaciones artísticas quiso escapar, pero fue traicionado y capturado. Su castigo fue presenciar la ejecución de su amigo más cercano, Hans Hermann von Katte, que había huido con él. Solo gracias a esta severidad pudo madurar para convertirse en la leyenda nacional: Federico el Grande de Prusia. Esta antojadiza crueldad contribuyó a alimentar la feroz hostilidad entre padres e hijos generalizada en toda Alemania.

Al mismo tiempo, el sistema de educación de los gimnasios, con su énfasis en el desarrollo académico y en una estricta disciplina, y sin el apoyo del grupo de compañeros que caracterizaba a las escuelas públicas británicas, producía estudiantes angustiados. Este era el autoritarismo hipócrita que había denunciado Frank Wedekind en *El despertar de la primavera* y la avalancha de suicidios entre escolares no se detuvo. En su estudio *El suicidio*, el sociólogo Emile Durkheim comparaba las cifras en Francia, Italia y Alemania: el porcentaje más alto en el grupo de edad de entre dieciséis y veintidós años se localizaba en Sajonia y Prusia.

La profundidad de la desafección de los jóvenes alemanes quedó de manifiesto en la extraordinaria popularidad del escritor Friedrich Hölderlin, que había sido redescubierto poco antes. Su novela de 1797 *Hiperión o el eremita en Grecia* estaba escrita en primera persona, como *Penas del joven Werther*; esta forma de expresión directa contribuyó a que se convirtiera en obra de culto en los primeros años del siglo xx. El mensaje de este romántico condenado al fracaso era inflexible: «No puedo figurarme ningún pueblo más desgarrado que los alemanes». Para él, los jóvenes no eran seres humanos: para alcanzar la integridad, la juventud no tenía en quien confiar más que en sí misma.

La incapacidad del sistema educativo prusiano para gestionar las «recrudescidas energías juveniles» la analizó Robert Musil en su novela de 1905 ambientada en una escuela militar: *Las tribulaciones del estudiante Törless*. Atormentado por su atracción física hacia otro chico, Törless se descubre privado

TEENAGE

de las «sólidas y burguesas» certezas «en las que todo sucedía de forma ordenada y racional». Bajo la estructurada superficie de la vida europea se ocultaban demonios desconocidos: «También era posible que en el mundo luminoso, sereno, que hasta entonces era el único que había conocido, se abriera una puerta que condujera a otro, sordo, quemante, vehemente, desnudo, anonadador».

Si la lucha de las jóvenes era por conseguir la igualdad social y sexual, la de los hombres jóvenes era por encontrar otra identidad alejada del candado del soldado-atleta. Después de Wilde y de la *Degeneración* de Nordau, el esteta decadente había quedado obsoleto y era denigrado. La única opción era explorar la sensibilidad masculina de un modo distinto. Organizados en agrupaciones diversas, esta necesidad conllevó la elevación de la espontaneidad del instinto y de la expresión de las emociones, así como del misticismo natural que podía encontrarse en la vida al aire libre. Esta fue la «ardiente fiebre» que alumbró el siglo xx.



Grupo Wandervogel, brezal de Luneburgo, 1909.

TEENAGE

Capítulo 12

Los que tenían doce años

Delincuencia juvenil y la Gran Guerra

En enero de 1916 un soldado de diecinueve años del Ejército canadiense se encontró con un problema. Francis Chester había huido a los dieciséis años de Canadá rumbo a Nueva York, donde trabajaba como mensajero. Se convirtió en «fiel lugarteniente» de un hombre de mediana edad que vendía cocaína y morfina y empezó a probar el material. A los diecisiete años era un adicto a la morfina y traficaba para alimentar su dependencia. Sin embargo, la droga no había acabado por completo con su espíritu aventurero. Convencido por su amigo Snuffy, Chester se las ingenió para incorporarse al Ejército canadiense en el verano de 1915.

El único problema fue que ambos quedaron lejos de sus canales habituales de suministro. Como los cerdos que localizan las trufas, Chester y su compañero pronto encontraron el camino al barrio londinense de Chinatown. Allí satisficieron sus necesidades no con las habituales inyecciones de morfina, sino fumando *hop*. Aunque aún no era ilegal consumir opio, «los chinos no se arriesgaban. Solían meternos y sacarnos a escondidas». Chester quedó tan seducido por la experiencia que se convirtió en «experto en los placeres de la pipa y durante tres semanas viví en una habitación en una casa china y me dediqué por completo a ella».

Este abandono de las obligaciones militares conllevó su regreso a la base de Shorncliffe, en el condado de Kent. Pero la adicción era más fuerte que cualquier amenaza disciplinaria. Ayudado por Snuffy, entre cuyas habilidades se encontraban el robo y las estafas, Chester adquirió inmediatamente un pase para salir de la base y la pareja se fue directa a la localidad más cercana: Folkestone. Conseguir drogas era su prioridad, por la fuerza si fuera necesario. Más tarde, Chester recordaría que «Snuffy tenía una pistola que le había comprado a alguien en el campamento. Sigo convencido de que aquella cosa en realidad no podía disparar».

Falsa o no, el arma parecía lo bastante real para cumplir con sus objetivos: «Metimos bolas de papel de aluminio en la parte delantera de las cámaras para que pareciera que estaba cargada y entramos en una farmacia. Allí estaba un chico con una bata blanca detrás del mostrador. Le apunté con el revólver desde el bolsillo de mi guerrera. “Mira, chaval –le dije–. No queremos hacerte daño. Lo único que queremos es un poco de *mierda*”. “¿Mierda? ¿Eso qué es?”, preguntó confundido y aterrorizado. “Toda la cocaína y la morfina que tengas”. “Muy bien, soldado”, respondió. Se acercó a una estantería y nos dio dos o tres botellas. Dejamos al chico boquiabierto».

El incidente que Chester cita en sus memorias, *Shot Full*, revela los desconcertantes efectos de la Primera Guerra Mundial en la sociedad civil europea. La reacción del joven farmacéutico es crucial: no solo no ha oído nunca la palabra norteamericana para la morfina, «junk» (mierda), sino que se queda «boquiabierto» porque acaba de ver algo completamente ajeno a su cotidianeidad. Después de unos dieciséis meses de conflicto, tanto los civiles como los soldados comenzaban a entender que nada volvería a ser como antes, que las personas estaban empezando a comportarse de formas desconocidas hasta entonces para las que ni siquiera había nombre.

Según avanzó la Gran Guerra, el conflicto supuso un cuestionamiento de los valores centrales de Occidente. Para el eurófilo G. Stanley Hall, que vigilaba con obsesión los avances desde Estados Unidos, la única interpretación posible era una «esquizofrenia» colectiva. Tras su reciente acuñación,¹ Hall definía este como un término «utilizado por los psicólogos para describir una mente dividida, de

la que la personalidad Jekyll-Hyde es una variante». La civilización había rodado pendiente abajo y el barbarismo había regresado. La contienda había eliminado «el revestimiento superficial de la cultura» para sumergir «al hombre en las emociones primitivas más puras».

Nada era más sintomático de las nuevas condiciones de muerte en masa que el «FIUUUM, CRAC, ¡CLAAAN! FIUUUM, ¡CRAC! ¡CRAAAC! ¡CLAAAAAN!» de los constantes bombardeos. «De repente, cuando empiezan a estallar los obuses, una parte de nuestro ser retrocede miles de años», mencionaría más tarde el novelista Erich Maria Remarque. «Cuando partimos hacia el frente somos soldados malhumorados o alegres; cuando llegamos al sector donde empieza el frente, nos hemos convertido ya en bestias humanas». La aplastante presión de esta tormenta de acero tenía efectos psicológicos devastadores.

La nueva demencia bélica la definió el psicólogo Charles Myers, quien en febrero de 1915 la denominó «conmoción por artillería» (*shell shock*). Los médicos rápidamente percibieron un conjunto de síntomas que «siguen a la conmoción ante la explosión de un proyectil»: parálisis, estupor, amnesia o sacudidas incontrolables de los miembros en un recuerdo demencial de las danzas de Nijinsky previas a la guerra. En julio de 1915, Myers, profesor de medicina en Oxford, registró una «orgía de neurosis y psicosis, tembleques y parálisis. No puedo imaginarme qué ha pasado en el sistema nervioso central de los hombres [...] mudez histérica, ceguera y bloqueo generalizado de los sentidos».

Estos síntomas eran universales. En Alemania se produjeron más de 600 000 casos de «neurosis de guerra» entre 1914 y 1918. Entre abril de 1915 y abril de 1916, unos 24 000 afectados de conmoción por artillería fueron trasladados de vuelta a Inglaterra. Se trataba de una «neurastenia» masiva, colectiva, que solo los profesionales de la psicología (reconocida como práctica médica legítima en 1913) podían interpretar. Con la cordura del norte de Europa cada vez más cuestionada, la Gran Guerra se convirtió en la primera guerra psicológica. Los tratamientos psiquiátricos eran una forma de aliviar los bloqueos sistémicos sin precedentes causados por la neurosis de guerra.

Sin embargo, la psicología seguía siendo una disciplina especializada, aplicable únicamente a los combatientes. Los que esperaban en casa no contaban con esta ayuda. Ante el desconcierto emocional de la época, estaba prohibido mostrar pena e incluso miedo. Como una joven británica que perdió a su prometido recordaría: «Yo solo quería esconderme en algún sitio donde se estuviera tranquilo y no tenerme que preocupar de hablar con nadie». Lo que los británicos llamaban «flema» se convirtió en un principio de supervivencia, el enclaustramiento necesario de unas emociones explosivas que de otro modo podrían haber desestabilizado sociedades que estaban ya al límite de su resistencia.

El pavor que mostraban las víctimas de neurosis de guerra revelaba que esta estrategia era efectiva, no obstante, solo de manera parcial. En el frente interno, el control estricto de las abrumadoras emociones fue por lo general un éxito, pero también desencadenó una serie de síntomas difíciles de explicar que oscilaban entre la inmersión en el ocultismo y la drogadicción, la delincuencia juvenil y una «arrolladora sexualidad». La violencia de la guerra total precipitó una revolución social y moral. Como Magnus Hirschfeld escribiría más tarde: «El placer del momento era lo que decidía las acciones del individuo, pues el momento presente era el único cierto».

TEENAGE

Capítulo 17

El afán de placer

La Bright Young People

En pleno apogeo de los años veinte, Brenda Dean Paul fue a una fiesta en el acaudalado barrio de Mayfair organizada para los integrantes de *The Blackbirds*, la revista con artistas negros que había cautivado a Londres. *The Blackbirds* ofreció a los británicos su primera aproximación real a Harlem, con sus bailes salvajes al ritmo de *hot jazz*, y penetraron hasta los niveles más altos de la sociedad. Durante el año que pasaron en Londres, su estrella, Florence Mills, y el resto de «pájaros negros» fueron invitados de honor en muchas veladas ofrecidas por la juventud dorada de Londres, que quedó fascinada desde el primer momento «con las canciones y los bailes de estas personas de color».

Para la londinense de diecinueve años, esta noche radiante fue toda una revelación. Mientras un reducido grupo de elegidos bailaba al ritmo de dos «pianistas soberbios», Brenda entabló amistad con Florence Mills, a la que recordaba como la «encarnación del encanto natural y la elegancia». Después de que Mills le dijera que podría «haber nacido en Harlem», Dean Paul aspiraba a convertirse en «bailarina de color»: «Me sentía tan cómoda con esta gente encantadora que toda persona blanca de la sala parecía afectada y casi indecentemente refinada».

La fiesta para *The Blackbirds* no era más que el principio, la siguieron muchas otras celebraciones: «Sofisticados bailes de gala a gran escala» y «fiestas raras». Algunas de estas últimas tenían temáticas que se hacían respetar hasta la obsesión, como la de David Tennant con el lema «Ven como eras hace veinte años», que terminó convertida en una desenfadada fiesta infantil: «Incluso la banda llevaba trajes de Eton, cuellos de Eton y bonetes escolares». Después hubo otras: «Fiestas de pijamas, griegas, rusas, de marinos, estadounidenses, de asesinos, de bañadores y demás».

En sus memorias, al recordar aquellas noches de extravagantes disfraces, cócteles y ruidoso *jazz*, Dean Paul eligió la más extrema de todas: la fiesta de temática estadounidense en la que los invitados tenían «órdenes de acudir como vagabundos, buscadores de oro, mendigos, magnates de provincias, amantes, gánsteres, aduladores, periodistas sensacionalistas, etc.». Lubricados con «bufés cargados de champán», los asistentes se dejaron llevar por completo: «La banda había sido traída especialmente de Harlem y su ritmo ya era embriagador sin el estímulo adicional del alcohol».

Esta era una vida hecha a medida para una joven que se había colado por las rendijas de las diferencias de clase. Dean Paul, hija de un miembro menor de la aristocracia, había sufrido la humillación del divorcio de sus padres en su primera adolescencia. A los diecisiete años, le dijeron que su madre no podía permitirse presentarla en sociedad, pero Brenda decidió seguir viviendo en el estudio de ella y, gracias a los contactos que hizo allí, se incorporó a un nuevo tipo de sociedad, esa mezcla de la bohemia, las clases altas y los bajos fondos nocturnos que conformaban lo que se denominó la Bright Young People, la cultura juvenil más visible de Gran Bretaña en los años veinte.

Para estos vástagos de los medios de comunicación, la apariencia, el encanto y la elegancia lo eran todo y Brenda Dean Paul los tenía a paladas. Con su belleza natural y una cierta imprudencia temeraria, se convirtió en elemento fijo de la prensa, en una de esas personalidades cuya presencia parece definir el espíritu de una época. «Durante años, nunca me fui a la cama antes de las cuatro o las cinco», recordaría más tarde. La vida era de frenético placer sin consideración por el mañana. En el torbellino de una fiesta de disfraces, el tiempo se aceleraba y se detenía, congelado como una de las muchas fotografías tomadas a los participantes con sus fantásticos vestidos.



Brenda Dean Paul en los locos años veinte.

TEENAGE

Capítulo 25

La *Swingjugend* y los zazús

El *swing* en la Europa nazi

La expansión del *swing* por Europa a comienzos de la década de 1940 encontró sus aficionados más fervientes entre los jóvenes de Alemania y los países ocupados por los nazis. Sin apenas prestar atención a las implicaciones de sus actos, respondían de forma instintiva a la libertad que escuchaban en sus discos prohibidos. El *swing* hablaba de los deseos secretos de la juventud que quería más que sangre y tierra: era, como señalaba el fundador del Hot Club de France, Charles Delaunay, una reacción «contra la opresión bajo la que vivíamos. El *jazz* tenía el sabor de la fruta prohibida».

Estas pasiones resultaban peligrosas en la Europa de la Segunda Guerra Mundial, habida cuenta de que los nazis pretendían una sumisión completa de los países ocupados y de la propia población alemana. Al mismo tiempo, la juventud se veía desestabilizada por las exigencias de la guerra total: el caos de la movilización, la alteración de la vida familiar y la desquiciada psicología del propio conflicto se sumaron para duplicar las cifras de delincuencia juvenil en la Alemania nazi en 1940 y 1941. En un momento en el que la confianza en el régimen estaba en su cénit, se registraron más de 17 000 delitos perpetrados por jóvenes, dos tercios de los cuales eran responsabilidad de miembros de las Juventudes Hitlerianas.

La maquinaria nazi no había erradicado al limitado núcleo duro que se resistía a unirse a las Juventudes Hitlerianas. Los insumisos eran pocos en número (hasta el 95 % de la juventud alemana se mantendría sometida al poder del régimen hasta 1943), pero suponían un problema significativo simplemente porque el régimen exigía una subordinación y una obediencia absolutas. En el seno de este estado policial, cualquier tentativa o indicio de comportamiento anormal recibiría «la visita del terror». Con Alemania en guerra, la actitud y las acciones de la juventud asumían una relevancia renovada y el ciclo de disidencia y represión se intensificó con el avance del conflicto.

Los problemas previos al conflicto reaparecieron con fuerza. Las principales ciudades alemanas no habían constituido nunca baluartes totales del nazismo y en los primeros años de la contienda algunos miembros de la generación cuya socialización se había producido ya bajo el régimen hitleriano empezaron a crear sus propios grupos disidentes. Estas pandillas de barrio, de origen fundamentalmente obrero cuando no proletario, añadían sutiles matices antinazis al llamativo estilo barriobajero (*Stenzen*). Estridentes camisas de cuadros y sombreros gastados se decoraban con insignias de metal con forma de la flor de *edelweiss* o alfileres de colores en las solapas, junto con «anillos espantosos» adornados con el emblema pirata.

Estos grupos de jóvenes de catorce a dieciocho años evolucionaron de forma espontánea por su deseo de evitar las Juventudes Hitlerianas. Muchos de ellos habían dejado la escuela a los catorce años y quedaban, por tanto, fuera de la influencia directa de la organización juvenil estatal. En los pocos años previos a su incorporación a filas, empezaban a trabajar y encontraban independencia en los altos salarios de la boyante economía de guerra. Una vez asumido un papel adulto, no estaban dispuestos a recibir órdenes como niños: «Es culpa de las Juventudes Hitlerianas –declaraba un miembro de una banda de Düsseldorf–. Todas las órdenes que me daban iban con una amenaza».

Continuación de los grupos previos a la guerra como los Piratas del Edelweiss, estas bandas existían en toda la Alemania industrial: en Düsseldorf, la Banda Shambeko y los Piratas del Kittelsbach¹; en Essen, los Colegas Viaje-

ros; en Colonia, los Navajos; en Ahlberg, el Club de la Serpiente. Sus nombres indicaban el tipo de vida al que aspiraban: libertad del hostigamiento constante de las Juventudes Hitlerianas y la policía. Estas *Wild Cliquen* de chicos y chicas viajaban por el país haciendo autostop y a pie para llegar hasta la Selva Negra, Berlín o Viena evitando los controles policiales y contraviniendo por completo las restricciones a los desplazamientos.

En el Tercer Reich, la oposición política directa era detectada con rapidez y las consecuencias lo bastante graves para desanimar a todos excepto a los más valientes. De este modo, los Piratas del Edelweiss utilizaban el sarcasmo y el humor. Una de sus tácticas favoritas consistía en alterar las letras de las canciones más populares: «¡Escucha el canto de los tipos campechanos! / ¡Rasguea ese banyo, pulsa esa cuerda! / Y todas las muchachas se vienen. / Vamos a librarnos de Hitler / y no hay nada que él pueda hacer». O en otro ejemplo: «Recorremos las orillas del Ruhr y del Rin / y partimos a las Juventudes Hitlerianas en dos. / Nuestra canción es libertad, amor y vida. / Somos los Piratas del Edelweiss».

Los encuentros de los piratas con las omnipresentes «patrullas volantes» de las Juventudes Hitlerianas eran habituales. En estos casos, las pandillas les daban una entusiasta «paliza» a los jóvenes agentes del régimen. En 1941, un instructor de minas descubrió que, entre sus aprendices, «todos los niños saben quiénes son los Piratas del Kittelsbach. Están por todas partes; son más numerosos que las Juventudes Hitlerianas. Y todos se conocen, se mantienen muy unidos. Le dan palizas a las patrullas porque son muchos. Nunca aceptan un no por respuesta».

El creciente nivel de delincuencia tanto en el seno de las Juventudes Hitlerianas como fuera de estas representaba un desafío directo a las autoridades. En junio de 1940, la «normativa policial para la protección de la juventud» aprobada por Heinrich Himmler supuso la aplicación de varias restricciones más: un toque de queda para evitar que los menores de dieciocho años estuvieran en la calle, en los restaurantes y en los bares, mientras que los menores de dieciséis no podían acceder a las salas de cine, de variedades y de cabaret después de las nueve de la noche. Tampoco se permitía a estos últimos fumar ni beber, so pena de tres semanas en prisión y una multa de 50 marcos imperiales.

La aplicación de esta nueva normativa quedó en manos de la, cada vez más numerosa, *Streifendienst*, la fuerza policial de las Juventudes Hitlerianas. Cincuenta mil miembros fueron destinados a patrullar cafeterías, bares y salas de cine en compañía de la policía y las SS. Muchos de ellos trabajaban en las comisarías, rellenando informes sobre el comportamiento de las pandillas y sobre delitos sexuales y políticos. Reprogramados mediante cursos especiales de lavado de cerebro en los campamentos de las SS, los jóvenes robots de la *Streifendienst* (gran parte de los cuales estaba entusiasmada con sus funciones) participaron de buena gana en las redadas masivas contra las *Wild Cliquen* que se iniciaron en 1940.

Tres meses más tarde, Himmler y el líder de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axmann, introdujeron otra medida punitiva. El «arresto de servicio juvenil» otorgaba a los altos cargos de las Juventudes Hitlerianas capacidad para detener a chicos de entre catorce y dieciocho años hasta diez días. Estos «arrestos de servicio» tenían que producirse en los veinte días posteriores a la falta denunciada y eran «juzgados» en rápidas sesiones. Evitando la sanción mayor de la expulsión, que habría sido de utilidad para los rebeldes empedernidos, estas detenciones constituían una forma muy efectiva de garantizar la obediencia: durante la guerra no se produciría ninguna rebelión seria en el seno de las Juventudes Hitlerianas.

TEENAGE

Desde 1940, todo rebelde tuvo que enfrentarse con un sistema de vigilancia con cabeza de hidra. La vida cotidiana en la Alemania nazi estaba tan controlada que actividades que habrían pasado desapercibidas en los países libres se convirtieron en delitos contra el Estado. Había muchas redadas policiales: en la primavera de 1940 se produjeron 1715 arrestos en Dresde, 400 en Maguncia y 600 «navajos» corrieron la misma suerte en Colonia en 1941. Por aquellas mismas fechas, una unidad de las SA de Mühlheim pedía «a la policía asegurar que se acaba con esta chusma de una vez por todas. Las Juventudes Hitlerianas se están jugando la vida cuando salen a la calle».

Los Piratas del Edelweiss estaban especialmente señalados debido a su sexualidad libre y sencilla que ofendía al puritanismo de las autoridades en general y de Himmler en particular. Este puritanismo formaba parte del sistema juvenil nazi, que estaba basado en una estricta separación por sexos desde los diez años de edad. Puesto que se agrupaban en cuadrillas de chicos y chicas lejos del control del Estado, se entendía que los Piratas del Edelweiss y los demás grupos se dedicaban al tipo de expresión sexual desinhibida que enloquecía a las autoridades.

Esta era la falla que también subrayaban los jóvenes aficionados al *swing*, la *Swingjugend*. Los informes sobre sus actividades estaban repletos de frases como «relaciones sexuales entre menores», «sexo en grupo» y «homosexualidad». Aunque los *Swing Heinis* mantenían una actitud distendida, su tan cacareada decadencia era más bien inocente. Como un miembro de un club de *swing* de Kiel llamado los Plutócratas escribió a un amigo que estaba de viaje: «Sé un buen portavoz de Kiel, ¿te parece? Por ejemplo, asegúrate de que eres muy informal, que vas cantando o silbando buenos temas en inglés todo el tiempo, completamente colocado y siempre rodeado de mujeres maravillosas de verdad».



Swingjugend, Hamburgo, ca. 1939. Tommie Scheel es el séptimo por la izquierda de la fila trasera.

DOSIER DE PRENSA

Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 637 659 915 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com